



Cuadernos para el Tren

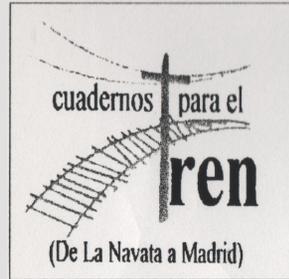
Noviembre 22



Homenaje

a nuestra
compañera y amiga

Yolanda Hernández



SUMARIO

Textos

Introducción.....	3
La silente forma de tu ausencia (JARomán).....	4
Quinto vino (Venancio Díaz Castán).....	8
Amanecida (María Jesús Mingot).....	20
A Rosa (Virginia Villalba).....	22
El último Abrazo (JARomán).....	23
Poema 1: A José (Carmen Díaz Margarit)	
1- Lo que ella pensó aquella tarde.....	27
2- Lo que pensó él.....	29
Poema 2 (Carmen Díaz Margarit).....	32
Los diminutivos en castellano (Eduardo Ruiz Robles).....	33
Aproximación a la era digital (Victor Galán).....	38
Esperanza (María Jesús Mingot).....	42

Imágenes

Realizadas por JARomán en las páginas:

5, 7, 11, 14, 17, 19, 21, 24, 26, 28, 31, 34, 37, 41, 43

Introducción

Para nosotros este número de la revista es muy especial pues lo hacemos pensando en nuestra compañera y amiga Yolanda Hernández fallecida recientemente.

Por esa razón comenzamos su contenido con un texto poético de JARomán "La silente forma de tu ausencia" dedicado a Yolanda". Sigue el habitual capítulo de la saga "Los inmortales" en el que Venancio Díaz Castán toma su "quinto vino". JARomán continúa con un pequeño relato basado en un encuentro que tuvo con Yolanda poco antes de fallecer. Virginia Villalba, a quién volvemos a dar la bienvenida, nos obsequia con un poema "A Rosa".

Estamos muy contentos de contar con la participación de María Jesús Mingot que ya ha colaborado anteriormente con la revista e incluso hubo una época que participó activamente en la Tertulia Antonio Machado. Nos deja dos perlas en forma de poemas: "Amanecida" de su anterior poemario "*Aliento de luz*" y "Esperanza" de su último libro "*La Marea del Tiempo*", con la que hemos querido terminar este número.

También damos la bienvenida a Carmen Díaz Margarit que por primera vez colabora con nosotros mediante un poema en dos partes dedicado a José y otro de su poemario "*Ciervos y Gacelas solitarios*".

Nos alegramos que nuestro compañero y amigo Eduardo Ruiz, tras un largo periodo, vuelva a colaborar con la revista. Lo hace con una interesante reflexión sobre "Los diminutivos en castellano".

Sin abandonar el terreno del pensamiento, nuestro compañero y amigo Víctor Galán nos ofrece el primer capítulo de una "Aproximación a la era digital", tema al que nos invita a pensar y debatir.

Por último podemos ver las ilustraciones de JARomán que en esta ocasión ha prescindido del color pretendiendo dar un aspecto más sobrio a este número.

Y ya sólo deseamos que lo disfrutéis leyéndola y contemplándola tanto como nosotros haciéndola.

La silente forma de tu ausencia

A Yolanda Hernández

Cuando aún tenemos las cenizas de tus abrazos sobre nuestros cuerpos navegas en silencio flotando por el tiempo.

Cuando las nubes aún saben a tu presencia fluyes por todos nosotros aunque sigas permaneciendo, discreta, en un segundo plano.

Cuando el débil reflejo de la luna sobre tu nombre irrumpe en nuestras noches recordamos tu insomne ausencia.

Cuando todo eso ocurre, ya estás completamente desnuda de caricias pero haciendo crecer en nosotros el anhelo de otras caricias. Es el misterio que brota a cada instante que rozamos tu recuerdo pues fue digno el resplandor que dio tu hoguera mientras te abrías como una flor pegada a tu destino.

Alguien tiró mal tus dados y perdiste, pero supiste hacernos ganadores con tu fortaleza, valentía y, ¿por qué no?, terquedad al aferrarte a la vida, al exprimirla como una fruta madura. Nos hiciste ganadores al crearnos la necesidad de soñarte. Así te sentimos como un fragmento de sueño que flota.

Las discrepancias y erosiones, que las tuvimos, se han acallado, se han empequeñecido, se han silenciado al percibir que tu recuerdo ha dejado su marca sobre el cristal de nuestra memoria.

Te enfrentaste a tu mal agarrándole por las solapas, encarándole e incluso desafiándole pues no querías disolverte, sin más, por el sumidero de la vida.



Sentimos tu corazón suspendido en nuestras almas, cómo pesa y flota simultáneamente mientras dibujamos con el dedo tu nombre sobre la memoria evocando así tu presencia pero también tu ausencia estrechándose ambos, sin ruido, en el perfil de nuestro pasado.

Ahora ya estás en otro tiempo, en otros espacios donde tu recuerdo navega plácido ocupando dulcemente un fragmento de infinitud.

Hasta siempre Yolanda,

JARomán



Quinto vino

(Capítulo 5 de "Los Inmortales")

El centro de salud está a veinte metros. Lo separa del bar del mercado un aparcamiento de coches. Hacia las dos menos cuarto Venancio está terminando de atender a los últimos pacientes. La mañana, como casi todas, ha sido abultada de gente: catarros, partes de baja, recetas, etc., cosa de poco, muchos trámites administrativos y gente con sufrimientos anímicos derivados de lo que pasa, que nadie sabe lo que pasa; porque el caso es que todo el mundo tiene de todo y nada le satisface. Mucha gente cuelga de un alambre hipotecario que por un extremo está atado al banco y por el otro a la empresa donde trabaja. Pero hay vacaciones en la costa, la alimentación y la ropa ya no son un problema, los electrodomésticos tampoco...¿Qué pasa? La gente no puede tener proyecto de vida, porque la vida no le pertenece: ha pactado con el diablo. Y eso se traduce en tensión, y la tensión hace que se estremezcan las entrañas, y cuando las entrañas se estremecen se disparan los análisis, vienen los infartos y las angustias del alma; y el alma angustiada se acaba cansando de tensión y de sufrir y se asoma a las dunas del desierto de la depresión. Las gentes viven en compartimentos estancos: los viejos viven en su nostalgia, incapaces, impotentes para ayudar porque no son requeridos; su experiencia es inútil en el mundo de plástico; se mueren de tristeza por ver a sus hijos y nietos distantes después de tanto haber hecho por ellos y piden una muerte corta y próxima, sin sufrimiento y sin ser gravosos, porque no querrían ver el asco y el desagrado dibujados en las caras de los suyos, que hace tiempo que ya no lo son. Morirse es siempre un acto de mal gusto que, a ser posible, no deben contemplar los niños. El lugar natural de los niños es el colegio y maldito si no son excesivas las vacaciones que tienen; todo porque los profesores quieran darse buena vida; por suerte, les ponen deberes y se quedan quietos viendo la tele, porque con todo lo que hay que hacer no se termina el día hasta las nueve de la noche. El trabajo, la empresa, es el grueso de la vida, lo único que importa realmente, el nuevo objeto de culto que permite el acceso a los bienes de consumo. Al trabajo se sacrifica esa vida que ya no pertenece a los adultos, especialmente los de más de cincuenta años, jóvenes aún para la vida, pero ancianos para la empresa. La gente enferma, no de tuberculosis

ni de úlcera, sino de no ver cómo el cielo se junta con la montaña en el horizonte. El mismo Venancio hace años que toma pastillas para tolerar los mismos líos de los que atiende.

Pero ya se oye la voz de caña rota de Arturo alborotando en la sala de espera.

—¿Está por casualidad el doctor Diazcastán?

—Anda, pasa ya, déjate de zarandajas.

—Venga, termina, que nos vamos a tomar unos vinos. Pero antes, hazme estas recetas.

La vida de Arturo y familia depende en gran medida de la industria química farmacéutica. En su totalidad son fabricantes de altas cifras de colesterol, y eso que no comen grasas, a excepción de los días en que se hacen a la plancha un kilo o dos de mollejas, o aparecen las rodajas generosas de salchichón ibérico, el tocinito rosado, el cocido quitándole la grasa que flota, los torreznos de mediodía y el queso curado de oveja.

Venancio y Arturo son amigos y compadres desde ni se sabe; mejor dicho, desde el año siguiente al que llegase a Navaloncejo con cara de pardillo; más o menos desde que le dieron a Arturo el tiro en las piernas. Ya serán unos treinta años. Lo que ha llovido desde entonces... No tienen casi nada en común, pero por esas cosas extrañas que suceden, son amigos, como lo son del resto de la peña de Los Inmortales. Tal vez por el vino.

—Ve tú primero, que tengo que terminar con unos papeles.

—Bueno, pero no te retrases mucho.

Venancio está para pocas prisas; termina con sus papeles, mete los trastos en una cartera de cuero y dice a las administrativas del centro que estará localizado telefónicamente en el mercado, en el 3344, como siempre. Si hay avisos a domicilio los hará por la tarde. Sale cansado, con la sensación de que le han sorbido los sesos, de que le han utilizado una vez más los consumidores de fármacos. Tiene cierta tendencia a hacerse el mártir, porque tampoco es para tanto. Se vende bien. Lleva en el pueblo casi treinta años; una vida. No se les despinta a algunos cómo era cuando vino a Pargalar: joven, alto de estatura para entonces, con gafas, pelo castaño con amplias entradas, nariz napoleónica,

pantalones vaqueros, zamarra de cuero y llevando un *Simca 1200*. Venía de Navaloncejo, el pueblo vecino, en donde había logrado prestigio como médico de niños y como socialista. Lo que le hacía falta al Pargalar: un médico socialista. Pargalar tenía fama de ser uno de los pueblos más caciquiles de la sierra. Después de la guerra fue de los pocos en que hubo delaciones que costaron fusilamientos en la tapia del cementerio de La Almudena. Estaban de amos del pueblo los hijos de aquellos delatores. Pronto empezaron a hacerle putadas de todo tipo para amargarle la vida y obligarle a marcharse, pero pudo más la inercia de un día tras otro. A Venancio cuesta mucho moverle cuando ha cogido postura. Es verdad que estuvo en un tris de coger el portante, pero fue entonces cuando aparecieron providencialmente unos cuantos en su casa para echarle una mano y le devolvieron la fe en una parte de la sociedad; entre ellos iba Jaimecorral. Desde entonces son amigos, pareja de hecho, dicen con maligna sorna las respectivas parientas; pero es que descubrieron que tenían muchas cosas en común, además del vino. Las gentes empezaron a acostumbrarse a Venancio poco a poco, pero les costaba despegarse del médico bueno, don Fulgencio, que era como Dios manda, de los que trataban bien al que pagaba la iguala, como se había hecho siempre. Los jóvenes creen haber descubierto la pólvora y lo que hacen realmente es subvertir todo y hacer que las cosas funcionen peor.

El paso de los años y los sufrimientos, que con frecuencia se auto inflige, le han cargado las espaldas, le han dejado medio calvo y luce una barba recortada, casi blanca. No es ni la sombra de lo que era. Parece un viejo prematuro. Tiene también su grado de chingadura en el cuerpo y en el alma; para colmo, por si tenía poco baja la autoestima, hace unos días un paciente psicópata le desayunó con un par de hostias de las que le ha costado trabajo reponerse. Paradójicamente, ahora que ya no sólo no cree, sino que niega, en el colmo del escepticismo profesional, es cuando tiene una credibilidad y un prestigio que nada le importan. La opinión pública es algo muy complejo e incontrastable. Ha heredado los niveles de dependencia de los pacientes del médico bueno, don Fulgencio, que lleva ya unos años jubilado, pero no los emolumentos. Esa es otra: ha tenido la habilidad de llegar a la quinta década sin un euro en el bolsillo y con muchas deudas. A su modo es también un inmortal.



Antes de entrar en el mercado hace unas morisquetas a Lola, la perrita de Carlos, que está atada a un hierro. La perra, que hasta hace poco estaba abandonada, agita a toda velocidad su rudimento de rabo, se pone con las patitas delanteras en los pantalones de Venancio y se mea de gusto. Si se agacha a rascarle la suave tripa, se endereza luego sobre las cuatro patas y le suelta un lengüetazo en la cara.

—A ver, Rosa, por favor, un tinto para un pobre caminante.

—No, perdóname, pero no: lo que ahora te conviene después de haber gastado tanta saliva en la consulta es una cerveza. Tú hazme caso a mí.

Ya está el jodón de Arturo dando la vara.

-Venga- accede.

Rosa se ríe:

—Mira que eres porculero. Deja al hombre que tome lo que le dé la gana ¿No ves que viene cansado?

—Ponle lo que quiera, Rosa, que entra en mi ronda —dice Jaimecorral.

—Ya está, me parece bien: una cerveza.

Departa brevemente con Jaimecorral sobre unas narraciones que le ha pasado para que las corrigiese. También le trae las recetas que le ha pedido por teléfono. Saluda a los demás, que celebran su llegada. Se sienten integrantes de un grupo que se ha formado por azar o por predestinación, eso es lo de menos, pero detectaron que en su situación no sabían a ciencia cierta qué hacer. Fueron muchos años preparándose para lo que iba a depararles la vida cuando fueran mayores. Ahora lo son y tienen agotada o casi agotada su vida de trabajo, ese periodo en el que uno cree que sube de manera constante del mismo modo que al militar le llueven estrellas por el hecho vegetativo de cumplir años. En vez de eso, cada poco tiempo se les viene a sumar una nueva dificultad física que cercena otro grupo de pequeñas libertades. Todos ellos tienen contraindicado el vino para sus respectivos trastornos, pero hasta ahí podíamos llegar: tomar unos vinos es un derecho irrenunciable, por más que empeore la salud, cosa que no es cierta porque cada día

salen más propiedades en forma de resveratroles, taninos, glucosa, hierro, vitaminas, etc., de modo y manera que sirve para proteger del cáncer y es también alimento y vitamina para ir tirando del carro de la vida.

—Oye, Venancio: aprovechando que estás aquí, te quiero hacer una pregunta —reclama Jaime de la Fuente cogiendo al médico por el brazo.

—Tú dirás.

—Las preguntas en la consulta, y cogiendo cita, que ya está bien, hombre —interviene de nuevo Arturo con su habitual coña.

—Vete a tomar por saco, anda —le larga el demandante—; y sigue con su pregunta.

—Es que noto que estas últimas noches me ahogo mucho ¿Crees que tendré de nuevo una infección?

Su terrorífica escoliosis apenas le deja capacidad pulmonar. Tiene que dormir conectado a un aparato que concentra oxígeno y hace mucho ruido, pero ya se ha acostumbrado. Pero sobre todo, tiene miedo a morir. La vida le ha costado mucho trabajo, no como a otros que han vivido sin darse cuenta, sin esfuerzo. A él cada progreso le ha hecho brotar lágrimas de sangre, y quiere disfrutar de cada día que pasa.

—No sé; tendría que verte. Ven mañana a las once.

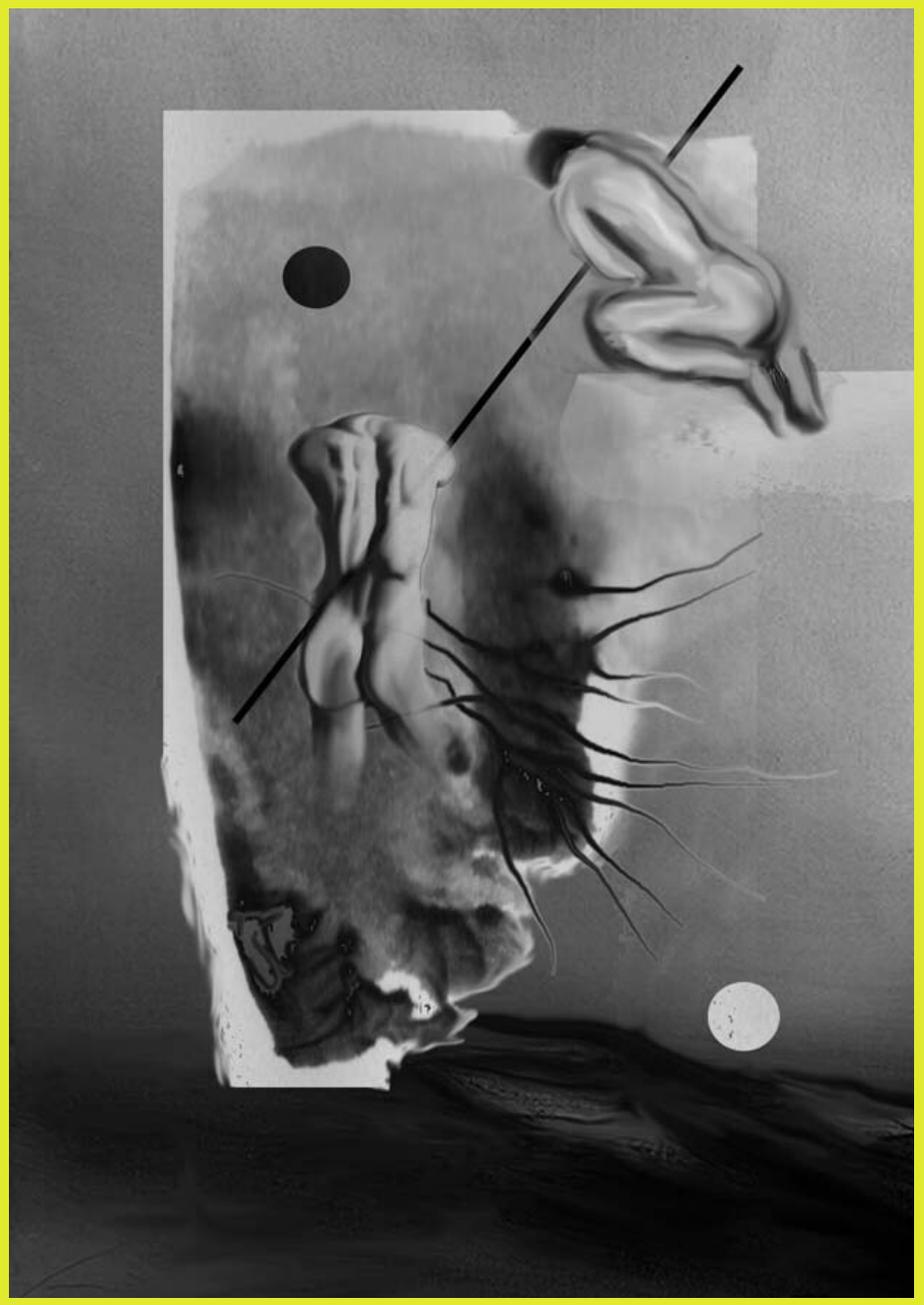
—Sí; menudas se ponen las mujeres. Enseguida se dan cuenta de que no tienes cita y te ponen a parir.

—Que no, hombre; que ya disimularemos: yo leeré tu nombre en alto en la lista para que parezca que estabas apuntado. Total, uno más entre cincuenta no se nota.

—Entonces quedamos en eso.

—Vale.

Venancio tiene cuidado de hacer excepciones con sus amigos Inmortales; como lo haría cualquiera en su lugar. También Carlos es un fuerte apoyo para esas preguntas que todo el mundo suele hacer a los médicos cuando están tomando una caña, y aún mejor que Venancio, porque en su larga vida científica ha recibido una sólida formación y es una verdadera autoridad. Les ha pillado hablando de las virtudes del lechazo de Valladolid y de lo conveniente que sería hacer un viaje a Peñafiel o a Turégano para darse un buen atracón.



Por un momento los ojos destellan de ilusión, pero saben que en el momento de precisar fecha acaban surgiendo problemas que no afloran claramente, pero imposibilitan; a uno le tira para atrás un simple escalón y le aterroriza que le tengan que meter en un restaurante a *la sillita de la reina*, el otro tiene un comercio, el de más allá tiene que ir al matadero, a éste de aquí habría que llevarle el oxígeno y el que está a su lado espera que llegue el día de la nómina para cazar unos cuartos porque está a dos velas por culpa de la jodida hipoteca.

Carlos acerca un plato con rodajas de chorizo frito y queso que ha puesto Rosa.

Mientras comen vigila que no tiren las cortezas al suelo para dárselas a la perrita.

Los vasos ya van menguados.

—Rosa, ahora invito yo, pero ya sabes: me lo pones en mi estimada cuenta —pide Venancio, que suele estar a la luna de Valencia y no lleva dinero hasta el sábado.

—No, hombre; ahora me toca a mí —protesta Carlos con amabilidad.

—Es verdad, le toca a don Carlos —apunta Rosa.

—Bueno, pues me apuntas a mí la siguiente.

Rosa lleva puntualmente la contabilidad de las rondas y advierte cuando se aproxima algún espabilado. Esta vez Jaimecorral rechaza porque ya lleva cuatro vinos de ventaja y tiene que controlarse. Los demás aceptan con apetito ese caldo de Rioja que a esas horas sienta mejor que el agua de mayo.

El mediodía de los Inmortales está llegando a su punto álgido. Es cuando suele venir Antonio *Agua y Tierra* arrastrando visiblemente una pierna. Acaba de cerrar su tienda.

Antonio *Agua y Tierra* es de Madroñera, un pueblo de Cáceres que se quedó casi vacío en la década de los setenta. Casi todos acabaron en Pargalar. En aquellos años se comenzaban a construir los chalets y las urbanizaciones porque apetecía a los de Madrid tener una segunda vivienda en la Sierra. No se sospechaba todavía lo que iba a pasar en los noventa. Los de Madroñera vinieron a docenas, y fueron

recibidos por los de Pargalar como solían recibir a todos los forasteros: con cara de disgusto, desconfianza y malestar, aun sabiendo que hacían falta y que hacían al pueblo más grande y próspero. Vivían en infraviviendas lóbregas y frías por las que pagaban alquileres altos y procuraban que su vida discurriese en el pueblo con humilde discreción; al menos podían comer. Las cosas comenzaron a cambiar cuando cada uno de ellos equivalía a un voto en las urnas. A Antonio le llaman *Agua y Tierra* porque ese es el nombre de su tienda, en la que empezó vendiendo cosas de cerámica y ahora se puede uno encontrar en ella relojes, cuadros al óleo, pilas de linterna, jarrones de cristal, máquinas registradoras de los años treinta, faroles, bastones, paraguas, libros, mesas y a saber cuánto. La tienda es una sorprendente y agradable república de millones de objetos inclasificables que conviven en armonía hasta que llega alguien que se los lleva por módicas cantidades. En un sotanillo tiene un taller en el que muestra sus habilidades como componedor, enmarcador, y restaurador de cualquier antigualla que se le cruce por el camino. Antonio tiene gusto para la decoración y el arte; y también escribe. Hace unos cuantos años firmaba con seudónimo unos artículos en la prensa del pueblo que hicieron meditar a muchos. Eso fue hasta que el director le dio por empezar a censurarlos. Porque Antonio es republicano, pero no republicano de los que lo dan por hecho, como la izquierda convencional del país que, mientras no se demuestre lo contrario, es monárquica. Antonio es esencialmente republicano por convicciones y porque se lo pide su sangre hemofílica, que no tiene nada de azul sino que es roja y demasiadas veces la ha tenido que ver. A esa condición republicana une la de anarquista por pura deducción de hombre justo y de bien que no entiende que nadie pueda imponer su criterio sobre los demás. En el credo republicano se le unen otros, decepcionados a ratos por los inesperados giros del socialismo español, que ve en la opción republicana una posible vía hacia la ciudadanía civilizada y real. Saben que tienen escasas posibilidades de ver realizado su ideal, pero quién sabe.

Como decía, entra Antonio arrastrando la pierna.

—¡Salud y república!

—Salud —le contestan.

—¿Qué tal estamos, Antonio? —se interesa Venancio.

—Jodidamente. A ver si me operan pronto esta cadera.

—¿Te van a poner una prótesis?

—Sí, si —interviene Carlos—. Le van a poner una prótesis y va a quedar e stupendamente.

Por suerte se cuenta con Carlos para todas las changaduras del grupo, porque entiende mucho de todas ellas y tiene amigos que en un momento dado pueden echar una mano; ya se sabe lo que se agradece que le conozca a uno alguien en esos hospitales de Dios, en los que el dolor y la esperanza se dan a diario la mano.

Antonio toma asiento también en un taburete, que no está para permanecer en pie mucho rato. Como siempre, tiene la mirada triste, pero no es porque le haya pasado nada en especial, sino porque es así, como quien tiene aceptado su destino torcido y con jodiendas a cada paso. Tal vez lo que predomine en él sea el escepticismo. Su filosofía de la vida le hace recordar con nostalgia los rebaños, las ásperas tierras extremeñas, los pueblos duros, de perfiles confundidos con las lomas y las piedras; las casas con puerta, ventana, cocina y cama, y nada más, al estilo de la de Pascual Duarte. En Pargalar hay mucha mierda humana; prefiere el estiércol de los animales. Pargalar no es pueblo ni ciudad, y tiene los inconvenientes de los dos y ninguna de las ventajas. Pero qué se le va a hacer. Llevan allí ya va para treinta y cuatro años, y los viejos ya no están para cambios, aunque conserven la casa del pueblo.

Antonio no es ni viejo ni joven: cuarentón y solterón. No tiene que dar cuentas a nadie de sus libertades. Tiene una calva generosa, adornada por atrás con unos rizos negros rebeldes que advierten de su inconformismo; sin embargo es abierto y tolerante; buen amigo y contertulio para unos vinos y para lo que haga falta.

—Bueno, Rosa: ahora sí que me toca a mí, ¿verdad?— insiste Venancio.

—Ahora sí.

—Pues, venga, nos pones una ronda. A Antonio, un botellín.

Y sácanos unas almendras.

—Pero que no sean como las del otro día, que estaban rancias y pasada s; que hasta llevaban el gusano dentro —tercia Arturo.

—Ya estamos con el señorito.

—A mí muy poco, Rosa, la mitad; para hacerle gasto al médico —bromea Jaimecorral. (continuará)

Venancio Díaz Castán



Amanecida

La luz entra en el mundo de puntillas,
como una joven virgen
que camina descalza por el cuarto,
donde su amado indiferente duerme.
Con tembloroso paso de púber que respira,
a un tiempo embelesada y contenida,
se despoja en silencio de la ropa.
Un aroma en el aire se dispersa
y la vida se yergue, cristalina,
sin que un dedo la roce con su yema
ni petición alguna se precise.

Tocado por la nevada piel adolescente,
todo cuanto hay allí se despereza,
y a su blancura se rinde finalmente
de promesa de amor intransitada.

No desveles lo que ha pasado luego,
no conviertas la luz en vientre estéril,
deja al sabio dormir para que pueda
ese aliento de virgen despertarte.

María Jesús Mingot



A Rosa

En el dolor que empuja,
en la oscuridad sofocante,
en la incertidumbre que mata
estáis tu verso y tú.

Un manantial salado es tu palabra,
preñada de incertidumbres.
Dibujando un camino entre las algas,
que no avanza si no es retrocediendo,
lleno de dolores pegajosos,
con las dudas del no nacido
me lleva tu fuerza.

Me empujas para olvidar el principio
que nadie programó ni quiso.
Ese empuje me hace brillar
con la luz amarga del placer,
me hace abrir el pozo de mi oscuridad.

Cada paso que damos
es un arrecife de sinsabores
que amordazan mi vida,
que me lleva inevitablemente hacia la luz.

Virginia Villalba



El último abrazo

Calor intenso, sofocante, extremo en temperatura y extenso en días continuados. Verano agobiante, difícil de soportar... En eso iba pensando Pedro mientras caminaba por un sendero empinado limitado por las típicas paredes bajas rurales de piedra y sentía sobre su cuerpo una fuerza que trataba de aplastarlo contra el suelo, que su cabeza, no bien protegida por una simple gorra, empezaba a notar cierto mareo y que su corazón aceleraba su ritmo como si tratara de aunar una protesta orgánica contra la actividad ejercida.

-Mañana saldré a caminar más temprano- se dijo sin estar muy seguro de conseguirlo. Era terco, pensaba que nada ni nadie le impedirían hacer su caminata diaria, aunque reconocía que cada día, en ese verano, era menos soportable.

-Además hay mucha gente que también lo hace... por ejemplo aquella persona que viene en sentido contrario- volvió a decirse en voz alta, estando seguro que nadie podría escucharlo.

Continuó su ascensión al tiempo que volvió a mirar a aquella figura que descendía por el mismo camino. Distinguió que era una mujer que se apoyaba en unos bastones de senderismo.

Según se iban acercando le crecía la sensación de que aquella mujer le era familiar. Cuando ya estuvieron suficientemente cerca reconoció, no sin sorpresa, a su amiga Sonia. Hacía un par de semanas que había hablado con ella por teléfono estando ingresada en el hospital pues el covid, que había vuelto a contraer, le había empeorado la salud, ya de por sí maltrecha por la larga y grave enfermedad que arrastraba y combatía desde hacía tres o cuatro años. Se había quedado sin defensas.

Cuando ya estaban muy cerca y ella también le había reconocido le lanzó una pregunta, casi a modo de reproche:

-¡Tú qué haces por aquí, con la que está cayendo!-



Ella sonriendo mientras trataba de sosegar la respiración (que desde el principio de la enfermedad era dificultosa) le respondió con energía:

-No puedo quedarme en casa sentadita dejando pasar la poca vida que me queda. No puedo soportar como la gente, llena de vida, la malgasta enterrándose en su cotidianidad-

Continuaron hablando de cosas intrascendentes quizás para eludir el gran tema subyacente. Pedro tuvo la corazonada que esa iba a ser la última vez que se vieran. De repente la preguntó:

-¿Te puedo dar un abrazo?-

Ella dudó un poco. Tenía desaconsejado acercarse a otros debido a su deficitario sistema inmunológico. Volvió a sonreír y soltó un ¡Venga! Que animó a Pedro a fundirse en un largo abrazo con ella.

Inmediatamente después se despidieron en completo silencio, sin mirarse a los ojos para no ver la realidad en los ojos del otro.

Sonia, semanas después, falleció dejando una huella imborrable en la memoria de Pedro y de cuantos la habían tratado en los últimos años.

Hoy en día, en la imaginación de Pedro aparece con frecuencia la cara de Sonia sonriente, invitando a que saquemos el máximo jugo a la vida.

JARomán



1. Lo que ella pensó aquella tarde

A José

Quiero saber si había gritos en la calle
o indicios de luz.

Si había alguna tormenta
que presagiase colores cautivos.

Si te rozó una pluma el rostro
y sonreíste.

Quiero saber si un ángel te seguía.
Si había, enredados, venenos en el aire.

Quiero besar las raíces del escalofrío
cuando te derribó el golpe.

Si pensaste en bailar en aquel río
donde el deseo vistió de violeta.

Quiero saber si oíste las campanas
de aquel día nupcial.

Caíste como un saco quebrado.

Tu muerte, ala hueca sobre mí.



II. Lo que pensó él

Siento que un ángel camina conmigo.
Amamos tanto estas tardes de invierno.

Pero hoy,
siento la fría daga del viento.

Cómo puedo quererte tanto
y estar siempre en silencio.

Me esperarás con la cena tibia.
Nadie te habrá llamado.
Todavía.

Era triste el camino aquella tarde.
La noche de diciembre.
El hogar en mi recuerdo, sin fondo.

Intuyo que la alondra de la vida
te contará una leyenda fatal.
Te cegarán sus trinos.

Busco tu corazón en el suelo y no lo encuentro.
Hay soledad en mi pensamiento y silencio.

(El perro busca un gris en las esquinas.)

Quizás si hubieras venido conmigo,
la tragedia habría pasado de largo.

Siento cómo naufrago sin ti,
mi corazón, una broma fatal del destino.

Sé que nunca más volverás riendo,
feliz, por esta misma calle.

Ausente.

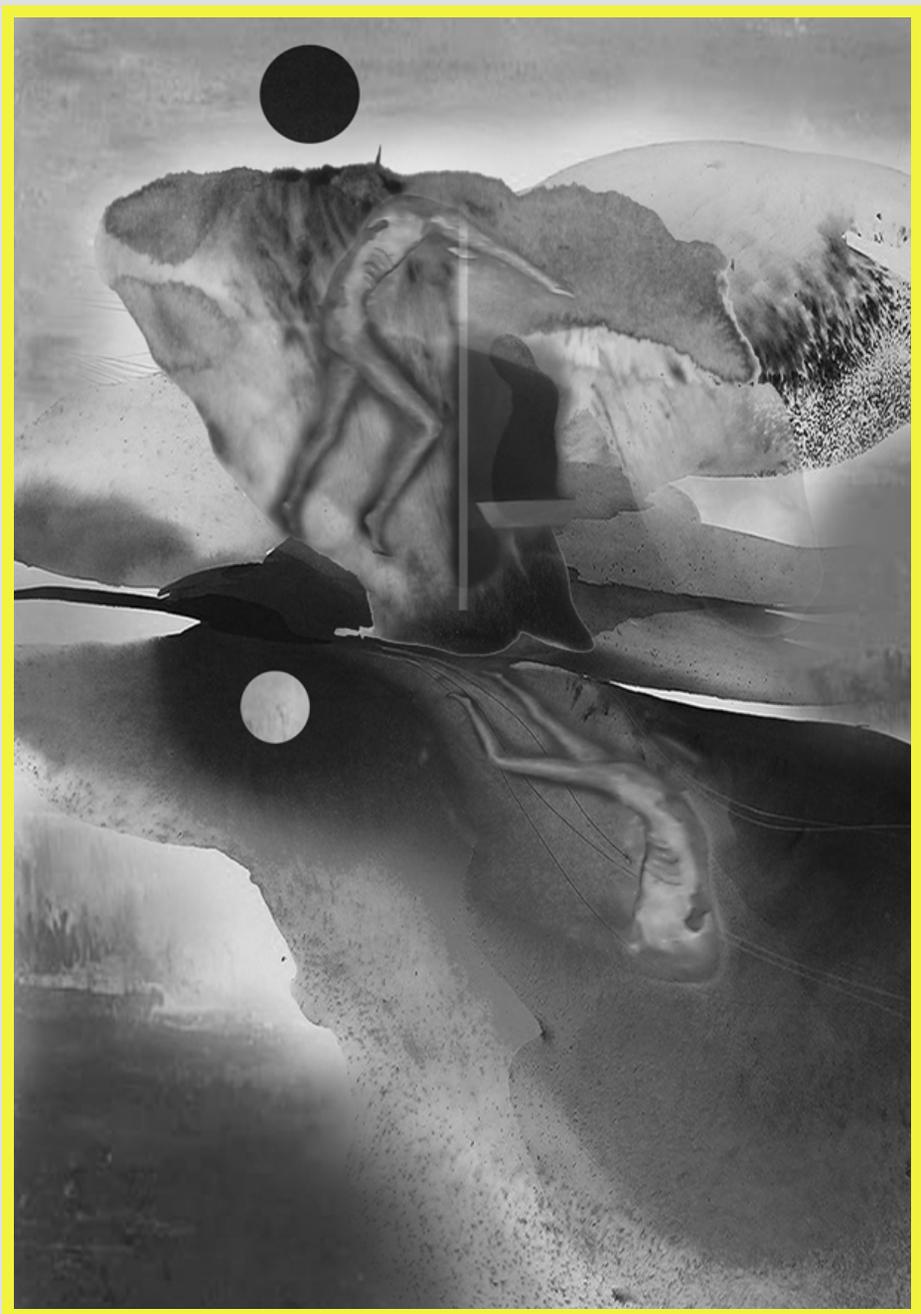
Intuyo la amenaza de fiebre en tu seno.
En el enorme verde, llorarás.

Te amo tanto esta tarde,
roto el reloj,
una araña me ciega, un golpe seco.

Si hubiéramos sabido que la hiel
era tu único destino,
hubiéramos luchado con las venas,
contra la infiel herida,
contra la sangre apuñalada.

Carmen Díaz Margarit

.



El día no quiere venir
para que tú no vengas,
ni yo pueda ir.

Federico

Parece que están muertos los ciervos rendidos bajo el sol. Allá por la arboleda solo se oye un llanto. Como si fuese un perro. Cesa el ángel rebelde de mirar el estanque donde el ciervo no duerme con la furia amorosa de una fuente en su espalda. El latido del violín que resuena en la garganta, que gime en abandono inmenso. Se bañaba en lágrimas la rosa. Era blanca en el agua. Una caricia clara. Dos palomas oscuras que se alejan. ¿Gemiré la gacela? ¿Moriré sin caricia herida por el agua?

Carmen Díaz Margarit



Los diminutivos en castellano

En la comunidad de hispanohablantes hay una parte muy numerosa de ella que usa los diminutivos como recursos expresivos del habla cotidiana. Me refiero a los hablantes de Hispanoamérica con respecto a los hablantes de la Península. Y hecha esta panorámica constatación sociolingüística, diré con Amado Alonso que el uso de los diminutivos se encuadra dentro de la finalidad activa del lenguaje, de su intención de eficacia, de su propósito de influir sobre la inteligencia, la sensibilidad, la emotividad y la voluntad del interlocutor.

Los diminutivos, desde la época de hegemonía del latín, son, principalmente, indicios de afecto. Y algunos estudiosos creen ver en su uso la expresión y la inclinación hacia una cortesía melosa y llena de carga afectiva; por ejemplo: “estimados **caballeritos...**”, “no seas **mentiroso**”, “les deseo suerte, queridos **amiguitos**”.

Los diminutivos no solo son expresión y significación. Pueden ser, a la vez, uno de los modos sociales, uno de los refugios -a veces rebuscados- de afectuosa sinceridad para ir más allá de las expresiones directas o ásperas de la cultura urbana deshumanizada. Esto nos lleva a entender que su utilización sea más viva -o tal vez sensiblera- en los contextos populares y dialectales que en los contextos de los grupos cultos y más escolarizados de las ciudades; por ejemplo: “me gusta tu **casita**”, “te invito a visitar mi **chocita**”, “su papá la llevaba **abrazadita**”, “no me olvides, **compadrito**”.

Desde hace poco más de un siglo los estudios lexicológicos nos han advertido de que los diminutivos son “individualizaciones destacadas”. En ellos encontramos elementos de auxilio para poner de relieve los conceptos individualizantes que queremos poner de manifiesto. Así, si se dice “mi **aldeíta**” en vez de “aldea”, “nuestro **pueblecito**” en vez de pueblo, “tu **maestrito**” en vez de maestro, “dame un **poquito** de agua”, no se modifican los conceptos de aldea, pueblo, maestro o poco, sino que se busca conseguir cierta singularización o distinción de los sustantivos o de los significantes que se están expresando.

Viendo su papel destacado en el habla popular, no creemos que sea función esencial de los diminutivos poner de manifiesto la idea de empequeñecimiento o reducción. Para referirnos a la pequeñez o para insistir en ella, se recurre normalmente a otros usos coloquiales: “tengo un pantalón pequeño”, “duermo en una habitación chica”, “cada día recorro una distancia corta”. Los vocablos “pequeño”, “chica”, “corta”, en estos casos, son más objetivos y permiten un uso analítico -y no sentimental- de la idea de reducción que se pretende exteriorizar.

Algunos estudiosos de este tema han querido encontrar en los diminutivos un cierto valor aumentativo o superlativo; por ejemplo: “mi padre conduce **despacito**”, “mis abuelos viven **cerquita** de mi casa”, “estos esposos se quieren tanto que siempre se les ve **juntitos**” “procura tocar **suavecito** la puertas de mis vecinos”. Como se puede ver, aquí los sufijos tienen un valor adverbial, una connotación de superlativo, un ponderativo con notable efusión. Estos son diminutivos intensificadores de la acción (de conducir, de tocar, etc.) o de las circunstancias relacionales de las personas y las cosas.

Pero hay algo más. El valor afectivo de los diminutivos se encuentra arraigado en la mentalidad de los hablantes hispanoamericanos, especialmente de los que proceden de las zonas periféricas o alejadas de los grandes centros urbanos, de los que alguna vez se ha dicho que son portadores de una idiosincrasia sentimental y lastimera. Veámoslo: “solo le ha dado una **patadita** y nada más”, “usted no exagere, ya que apenas le di un **empujoncito**”. En casos como estos, con el uso de los diminutivos se busca una justificación, una disculpa o atenuar la gravedad de una falta cometida. Con expresiones como estas es como si se quisiera convertir el golpe en una caricia o en algo cometido sin ninguna mala intención. Por tanto, hay diminutivos con un claro valor atenuador, que pretenden situarse muy cerca de la cortesía: “a ese pobre hombre Dios le ayudó a cometer solo una **estafita**”, “¿no se incomoda usted si le pido un **favorcito**?”, “camina **despacito**, no corras”.

Definitivamente, en varias regiones de países de la comunidad hispanohablante -Colombia, Perú, Ecuador, Bolivia, El Salvador - se da la existencia y uso de ciertas terminaciones en diminutivos que, desde luego, no han gozado de la aprobación de la Academia, aunque varios de esos usos han sido recogidos en obras importantes pertenecientes a la historia de la literatura escrita en lengua castellana: **yerbita, huevito, cieguito**, se han podido escuchar en Colombia; **viejito, solcito, florcita, platita**, en el léxico popular de Ecuador; **lueguito, prontito, telitas, maicito, mamacita, preguntita, nadita**, recogidos en una de las novelas más conocidas de Ciro Alegría, uno de los principales representantes del indigenismo literario. Seguramente que desde la posición de estos hablantes, la utilización de términos como los que estamos resaltando consigue más propiedad y autenticidad que otros en la búsqueda de los instrumentos más idóneos para sus esfuerzos de expresión y comunicación.

Eduardo Ruiz Robles



Aproximación a la era digital (1)

*La era digital posee cuatro cualidades muy poderosas
que la han hecho triunfar:
Es descentralizadora, globalizadora, armonizadora y permisiva.
Nicolás Negroponte.*

La evidencia de que la sociedad digital no solo ofrece soluciones para realizar muchas de las tareas de siempre, sino que también genera problemas, muchos asociados a lo que se ha venido en llamar la sociedad de la información, abre posibilidades hasta no hace mucho inimaginables de acceso a esa información que parece proporcionarnos la impresión de una disponibilidad total e instantánea del conocimiento, sin embargo nunca ha habido tanta dificultad en separar el grano de la paja, en este océano de datos expedidos en la barra libre de ese foro mundial en el que cualquiera puede transmitir su mensaje, provenga de donde venga: administraciones públicas, mundo científico, de la enseñanza, político, empresarial, religioso, cultural, y así hasta los que vuelan a través de las “redes” que nos mantienen en comunicación con nuestros nietos, amantes, empresas o el omnipresente comercio que más parecen utilizar las redes para capturar inocentes pececillos, con los que alimentar sus fabulosas maquinarias de generar beneficios. Es un lugar común referirse a la utilización de la ingente cantidad de datos de carácter privado que, generosa y tontamente, ofrecemos gratis a los comerciantes de datos, además de a los adictos a seguir las opiniones y consignas del líder de turno, sea terraplanista, antivacunas o político del más variado pelaje, lo que sin duda parece haber alterado la comunicación política tal y como se ha conocido durante décadas.

Seguramente nada se escape, en nuestra vida cotidiana, a tales transformaciones tecnológicas, por tanto será muy difícil, sin la distancia histórica que se considera necesaria , poder acercarnos a analizar siquiera someramente, algo tan enorme como lo que hemos dado en llamar “era digital”, lo que sin duda está fuera de mi alcance, aun así tal vez una mirada tentativa nos permita tirar de algún hilo de conocimiento.

La digitalización desmaterializa y descorporeiza. Los medios digitales sustituyen a la memoria, sin violencia ni demasiado esfuerzo, y sigue Byung Chul Han: La digitalización acaba con el paradigma de las cosas. Supedita éstas a la información, nada es sólido y tangible, nos ayuda a tener más libertad, pero al mismo tiempo nos somete a una vigilancia y control crecientes.

En esta nueva era el espacio adquiere una nueva dimensión virtual, así como el tiempo que al permitir una “simultaneidad global” (Germán Castro Ibarra), comienza a imponer la necesidad de un “horario universal”. En la medida en que los conceptos de tiempo y espacio se están transmutando, lo que la revolución digital modifica es nuestro concepto de realidad.

No es lo mismo estar enterado que entender. La información se alimenta de datos, pero necesito entenderlos, y su disponibilidad por sí misma no brinda esto, porque la cantidad de datos que el ser humano es capaz de producir, transmitir y almacenar ha ido creciendo a un ritmo vertiginoso, pero ¿qué significado podemos extraer de esa marea de datos sin ahogarnos en ella? ¿Qué conocimiento cierto, significativo pueden transmitir? Es en la mirada humana unida a la experiencia y tradición donde tiene sentido hablar de conocimiento.

Seguramente deberíamos preguntarnos si nos conformamos con ser consumidores pasivos, o aceptar sin resistencia que nos conviertan en productos gracias a los que venden y mercantilizan nuestra intimidad, ¿podremos ser productores de datos activos, críticos e implicados?

Seamos conscientes de lo que está en juego pero sin histerismos ni brotes conspiranoicos. Sostiene Jaron Lanier que la realidad es que hoy vivimos una fase de desilusión, alarmados por el auge de los extremismos y populismos, señalándose las redes como culpables de la proliferación de líderes autoritarios, agresivos, paranoicos y tribales, por lo que a pesar del irresistible y atractivo de lo milagroso que tienen las tecnologías digitales, tal vez nos convendría pensar que más obran quintaesencias que fárragos que decía Baltasar Gracián.

(continuará)

Victor Galán

Esperanza

Y vuelves siempre a perfilar el rostro del mañana,
el puro más allá de las tinieblas,
el níveo copo trémulo
que alumbra el tiempo
mientras surca el aire.

En tan poco espacio tanta claridad;
palpitación del alma,
rumor de caracola
que cobija.

¡Cuánto mar en menos que un presagio!

¡Cuánto fuego de invierno en la palabra!

Relámpago interior,
aún no ha dado flor,
ni fragancia, ni seda, ni capullo,
y ya llena una vida
con su canto.

María Jesús Mingot



Si queréis participar en los próximos números de esta publicación, enviad vuestros trabajos (dibujos, poemas, relatos cortos, etc.) a la siguiente dirección de correo:
tertuliam2020@gmail.com



Esta revista no está subvencionada por ningún organismo ni entidad ni se financia mediante publicidad